

Arturo Piga

## EL PROBLEMA DE LA CULTURA EN LATINO AMERICA

**E**L problema de la cultura de un pueblo ha sido siempre la razón de su propia existencia y el símbolo de su destino. A través de la historia las fuerzas económicas que hacen posible la conquista material se desenvuelven, solamente, como medios. Como fin, en cambio, no puede admitirse sino el juego y desarrollo de las fuerzas espirituales que se patentizan y realizan en la Civilización o cultura. No corresponde, sin duda, en esta oportunidad entrar a discutir la diferencia entre civilización y cultura, preconizada por Spengler. Preferimos en este orden de ideas, postular que, la una, la cultura, considerada como comienzo y plenitud del proceso, y, la otra, la civilización, como fase de ocaso, decadencia o agotamiento... corresponden a una diferencia un tanto sutil y algo indeterminada que no resuelve el problema en esencia, ya que, las culturas en cuanto fenómenos que se suceden o coexisten se entrelazan o refuerzan mucho más de aquello que se excluyen o interfieren, constituyendo en síntesis, un solo proceso misterioso y complejo, que viene a ser la línea sinuosa u ondulante de la historia de la humanidad. Particularmente hoy, que las vías de comunicación y medios de contacto han llegado a un grado absurdo de posibilidades, no es casi sostenible una interferencia u originalidad diferencial entre una manera de vida y otra; entre una raza y las que coexisten nacidas con anterioridad o posterioridad, entre un pueblo joven y los restantes de vigorosa y profunda tradición.

La América Latina en este sentido,—esto es, en cuanto cultura—no puede de ninguna manera y lógicamente, reconocerse ajena o discrepante al proceso histórico que ha dado y da

acento a Europa desde los albores de la civilización hasta nuestros días, ininterrumpidamente. Cabe preguntarse entonces, a renglón seguido: cual debe ser la posición de las veinte naciones de habla hispana, con más de 100 millones de habitantes, desparramados en todas las latitudes, climas y posibilidades materiales.

Hay, incuestionablemente, en este problema, es decir, el problema de la cultura en Latino América, un doble aspecto: por una parte, la realidad cultural, la materia que esa cultura supone—religión, arte, filosofía, ciencia, política, economía, ética, etc.—y, por otra, el medio de transformarla en substancia vital para estos cien millones de hombres que confían o esperan entrar al concierto de las grandes potencias civilizadas y resolver sus propios problemas materiales o espirituales...

El primer aspecto, es decir, ¿qué envuelve esa cultura? no constituye en sí mismo un problema. Nuestra ascendencia latina, nuestra raza, nuestra lengua, nuestra religión, nuestra moral, nuestra función vital, no pueden contrariar el contenido que supone esa ascendencia.

La latinidad, como luz que brilla y tiene la más honda significación desde hace más de 25 siglos—en los grandes descubrimientos de los siglos XV y XVI ha dado el Hombre, la masa humana y el dinero para la conquista material de extensos territorios. Y, también, en el campo genuino de la cultura ha dado y puede continuar dando la idea y la fe para la conquista espiritual...

En este sentido, Latino América no es un vocablo vacío de contenido histórico actualista, una reminiscencia de la tradición, un verbo evocativo de heroicas aventuras o sacrificios... Es, en esencia, un contenido vital cuyo signo corresponde a una de las manifestaciones más hondas, más creadoras y permanentes de la civilización a través de los milenios y los siglos.

La América, desde California al Cabo de Hornos, al ser conquistada materialmente, por aventureros y héroes italianos, portugueses o españoles, recibía, al mismo tiempo, el bautismo espiritual de toda una civilización triunfante y vigorosa... que hacía inútil y, acaso peligrosa la tentativa de crear diferidamente o propiciar de inmediato alguna otra cultura.

Se ha dicho enfáticamente, por historiadores y grandes americanistas que la conquista de América Latina constituye, en parte, una página sombría de aniquilamiento e imposición

brutal por parte de aventureros inescrupulosos, feroces e ignorantes... Particularmente, Spengler sostiene en su famosa obra—más conocida que leída y más leída que comprendida—que “bastó un puñado de audaces, ambiciosos o fieros aventureros dispuestos a todo para destruir una civilización esplendorosa y llena de contenido vital en cuanto valores materiales y culturales”.

No es posible, en esta oportunidad, entrar crítica o seriamente a tratar el asunto. Pero no podemos por menos, que llamar la atención—dejando de lado el insignificante valor intrínseco o contenido de la cultura incaica en relación con la mediterránea de los conquistadores—sobre la situación política que acababa de producirse en los momentos mismos en que Pizarro, analfabeto, ambicioso y feroz entró al Imperio Inca, gobernado por Atahualpa, que terminó por eliminar a su hermano a la usanza Borgia, temeroso de que le arrebatase el trono.

Con respecto al Imperio de Moctezuma, no es posible, indudablemente, negar el valor de cierta cultura o civilización. Pero de todos modos, queda en pie el hecho irrefutable del automático derrumbamiento y desaparición del flamante Imperio azteca, conseguido con una estratagema que casi hace sonreír por su puerilidad y que trajo por consecuencia el sometimiento del Augusto César junto a uno de sus herederos más heroicos y temerarios.

Exactamente bastó eso que Spengler llama “puñado de aventureros”. ¿Qué puede decirse de una cultura o civilización de esa índole?... La capacidad de resistencia, sin duda, es un índice de fuerza biológica a la vez que de fuerza moral. Y si la fuerza bruta subyuga y destroza en un primer momento, a la larga, emergen y se imponen las fuerzas espirituales y los más altos valores de la cultura cuando éstos son auténticos y tienen poderoso coeficiente vital. No otra cosa enseña la historia. Los germanos y los bárbaros avanzaron triunfantes por Europa hasta poseerla o dominarla territorialmente en casi toda su extensión, pero casi inmediatamente, los conquistados impusieron su tradición, sus formas de vida, sus instituciones sociales, llegando a refinar y dar contenido civilizador a los temerarios y brutales invasores... Atenas, Alejandría, la Roma Imperial no fueron destruidas...

Hasta el Cristianismo revolucionario y esencialmente anti-pagano, el movimiento social-religioso más grande de la Historia, el símbolo mismo que define y representa el destino de

la humanidad de todos los tiempos y como tal, la antítesis de la descomposición pagana, respetó en parte, esa milenaria cultura mantenida como fuego sagrado por unas cuantas vestales de la ciencia, la filosofía y la política, a través de monumentos e instituciones imperecederas... Hubo consorcio, los más altos valores de éste y las virtudes que propagaba la nueva doctrina como evangelio de perfeccionamiento ético y vida más espiritual... No puede decirse en este aspecto, que bastó un puñado de pescadores, ignorantes e ilusos para destruir el mundo de la cultura antigua... Estos le dieron solamente, un nuevo elemento, un nuevo sentido, un nuevo impulso: la esencia ética del destino humano sin aventar el resto de la cultura. El Renacimiento, en efecto, prueba a través de un Miguel Ángel, de un De Vinci, un Giordano Bruno, un Galileo que la cultura pagana se conservó en algunos aspectos intacta, particularmente en la admirable plástica que dió al Cristianismo la fuerza viva necesaria para penetrar total y medularmente en la naturaleza humana.

Inspirándonos en estas páginas de la historia y volviendo al tema cultural de Latino América, podemos decir, pues, que el secreto de la grandeza de las veinte repúblicas que comprende no está en crear una cultura... Esa cultura ya existe: es milenaria, secularmente probada y rejuvenecida, vigorosa, inmensa en posibilidades, guardadora de los más elevados valores en el campo material y espiritual... pero como toda obra humana, incompleta, limitada en el tiempo y en el espacio. Necesita nuevos elementos, nuevas posibilidades o realidades para continuar en un desenvolvimiento indefinido. Necesita de un nuevo sentido, de un nuevo impulso, de una vitalización.

Asistimos, en efecto, junto a los demás pueblos que viven a expensas de la cultura occidental, a una tremenda crisis. Todo cuanto se ha creado por fuerza y contenido de esa cultura, en Europa, comienza a resultar instrumento peligroso. Máquina de guerra y exterminio. Poder diabólico que amenaza destruir las más admirables obras del arte, la ciencia, la política... y, en una palabra, que amenaza al hombre mismo como realidad máxima de la historia en cuanto forma y contenido de la vida. Las fuerzas económicas desencadenadas, sin control ético ninguno, entregadas a la naturaleza humana, al juego loco de sus ambiciones, por la conquista material de la vida, ha sacado a flote la bestia que representa al individuo en su primitiva infancia y que lo constituye y lo constituirá

siempre en los pliegues más íntimos u ocultos de su estructura subconsciente. . . Se impone, pues, como imperativo de la época, como nuevo evangelio una dominación de tales fuerzas en su sujeción a un nuevo orden social y moral. Entramos así al segundo aspecto de nuestro problema, esto es, al medio de transformar la cultura europea en substancia vital para las repúblicas de habla hispana.

América ha recogido la tradición luminosa del mundo occidental donde campea en sitio de honor la cultura latina. Es simbólico que, justamente hoy, como nunca, comience a despertar esa patria soñada por Bolívar, después de un sueño casi ininterrumpido de cien años. . . precisamente ahora que Europa se siente desconfiada o temerosa ante Roma y Moscú, pero con ansias de lanzarse en brazos de un Dictador, porque está cansada de una vida de privaciones, sobresaltos y amenazas. . .

América Latina debe crear un nuevo ambiente para el hombre que cae víctima de su propio progreso. No es, pues, solución inteligente al problema nuestro, el indoamericanismo en sentido de exclusión de la cultura occidental. No tenemos casi nada como contenido cultural, realizado en ciencia, filosofía, religión, política, economía, que oponer al mundo civilizado de occidente del cual queramos o no, formamos parte desde que abrimos los ojos a la luz—Chile y Argentina más que el Perú y Perú más que México. Debemos vitalizar esa cultura, apropiárnosla interior y substancialmente. Somos quizá los bárbaros germanos del siglo XX. . . Cien millones de hombres ligados por una poderosa fe en el porvenir, con una fuerza biológica suficiente y recursos materiales naturales capaces de dar nuevo sentido, nuevo impulso a una cultura o civilización que—debido a la fermentación bélica interna,—parece amenazada de caos y de muerte.

\*

\* \*

Abandonando el terreno filosófico o teórico y entrando en el aspecto inmediato o práctico del problema de la cultura, ese nuevo elemento, ese nuevo impulso, ese sentido aparece de índole esencialmente, ética y reviste dos aspectos: Por una parte constituye el problema de la paz; por otra, el problema de la organización de las fuerzas económicas, a fin de estructurarlas racionalmente y utilizarlas a favor del mayor número.

El problema de la paz depende especialmente de la educación. El problema de la organización de las fuerzas económicas, en cambio, corresponde casi exclusivamente a la política. Prescindiendo de este último aspecto, el problema queda reducido a preguntar, entonces: ¿Cómo debemos orientar nuestro sistema educacional para despertar en la juventud el amor a la paz y solidaridad continental? Es ésta la interrogación que envuelve el problema máximo del destino de nuestra América y su papel frente a la cultura de occidente.

En armonía con cuanto se dijo en las consideraciones filosóficas y generales del problema de la cultura, conviene distinguir dos cuestiones: En primer lugar, y como cuestión previa, el significado de la cultura occidental en cuanto materia de estudio en nuestras instituciones educacionales, cualesquiera que sean su orientación, su grado, su naturaleza y sus fines. En segundo lugar, los medios prácticos necesarios para poner esa cultura al servicio de la paz o solidaridad continental.

La cuestión previa supone un análisis crítico de la cultura, tal como se ha entendido entre nosotros. La segunda, en cambio, aborda el detalle mismo de los problemas que comprende la cultura como temas de estudio y programas.

\*

\* \*

Con relación a la cuestión previa, puede decirse, en términos generales, que la enseñanza impartida por nuestros colegios, ya sean ellos primarios, secundarios o superiores, atiende más al saber que a la comprensión. En este respecto, es indudable, que nuestro país como los demás que pueblan la América, identifican la cultura con la suma de conocimientos. Imitan a los pueblos extranjeros, en especial a los pueblos europeos, de los cuales son herederos beneficiarios, en la adquisición formal de la cultura, pero no toman la esencia, el quid de la idea. Ortega y Gasset dijo en cierta oportunidad que, "muchos individuos, queriendo coger el animal entero se quedan únicamente con las plumas".

Nuestra juventud universitaria especialmente, aprende muchas cosas: ciencia, arte, filosofía, etc. Habla y divaga sobre muchas otras: política, economía, historia. Realiza, todavía, concretamente en el campo de las actividades manuales, cuanto constituye el capital acumulado pacientemente en los países de la más vieja cultura. En esta forma, se gestan o incuban

nuestros escritores o ensayistas, nuestros políticos, economistas, historiadores, educadores y artistas; nuestros comerciantes, industriales y hombres de acción, nuestros profesionales y artesanos... Se imita, rigurosamente, toda la fauna productora en el terreno material e ideológico, y, lo más inquietante y sugestivo, no se crea nada, no se investiga, no se avanza. Por eso se vive siempre, parasitariamente del gran emporio Europeo. Si utilizáramos una metáfora del terreno matemático, podríamos decir que nuestros profesionales u hombres de acción, como nuestros escritores y hombres de negocio, viven, solamente, la segunda dimensión; mientras que el europeo vive y realiza la tercera dimensión. Por eso aprende y siente; produce y crea; conoce y critica.

Incuestionablemente esta deficiencia nuestra o primitivismo que nos deja en el umbral de la cultura, sin que logremos incorporarla a nuestra íntima vivencia, tiene su explicación. En nosotros no ha nacido esa cultura. Es un fenómeno adquirido, como una riqueza heredada. De ahí que, el pueblo no sienta lo que se le enseña como algo propio y no reconoce en él su propia realidad interior. Podría decirse, con bastante exactitud que, nuestra juventud que afluye a las escuelas en sus diversos grados, tolera cuanto se le enseña sin asumir la actitud de honda vibración que sólo se experimenta frente a lo que es propio, o responde a la más íntima naturaleza. La cultura constituye por ello, en sentido filosófico, un lenguaje incomprensible para mucha gente y, en especial, para muchos educadores. La función de la enseñanza en tierras americanas queda circunscrita a la difusión de conocimientos y la adquisición de habilidades, mientras que, el sentido íntimo de cuanto se aprende o realiza queda, por tanto, virgen en los más. Y, en esta forma, se vive en segunda mano, en continua ignorancia o rebelión, violentándose en el esfuerzo estéril como niño ambicioso, u oscilando de la mediocridad a la anarquía, entre la actitud iconoclasta, la insidia envidiosa y la belicosidad latente.

Pero aun, hay más. Al grave defecto de superficialidad, hay que agregar la impaciencia como otro factor que caracteriza la psicología indoamericana y nos coloca en situación de cierta inferioridad respecto a los pueblos europeos. En efecto, ningún esfuerzo se perpetúa, se prolonga en el tiempo, se hace profundo y medular... La semilla queda así desparramada en la superficie para ser aventada por el viento de otros intereses o actividades. Así, se desflora todo, sin lograr penetrar ni

influenciar nada. Así, se malgastan las mejores energías y saludables o vigorosos esfuerzos. Así se malogra la investigación y la ciencia; la reflexión sería en el terreno filosófico o moral. Así se esteriliza, en fin, toda acción en el campo de la política y de la vida económica... preparando la rebelión intestina en un primer momento y la guerra fratricida intercontinental, más adelante.

Parece, sin embargo, como si Latino América, en estos últimos tiempos, comenzase a despertar. Algo así como una aurora comienza a brillar en las tinieblas de una noche polar interminable. Sacudimientos extraños de agitadores de todo rango, parecen anunciar una nueva actitud frente a los valores culturales que constituyen la vida espiritual y elevada de los diversos países del Nuevo Mundo. Algo así como un descubrimiento, operado esta vez no gracias a la idea fija del aventurero genial, atenaceado por la obsesión y favorecido por la ayuda material de otros igualmente ilusos como él, sino gracias a la crisis de aguda repercusión que ha lanzado a la indignancia a muchos y amenaza días aun más sombríos para todas las capas sociales, sin distinción de origen y condiciones de cultura.

Y, en rigor, es verdaderamente, un redescubrimiento lo que hace falta en el terreno ideológico o cultural, junto a una nueva independencia en el terreno económico, tratando esta vez, de sacudir el yugo de imperialismos extranjeros. Un redescubrimiento a favor de la adquisición de una cultura auténtica profunda, que, en cuanto proceso interior, mueva a la iniciativa creadora tanto en el campo de la vida económica como en las actividades o manifestaciones más elevadas de la vida del espíritu; y en cuanto proceso exterior, mueva hacia la política del arbitraje y de la paz. La privación o la amenaza de una existencia sórdida y mezquina en los pueblos, como en los individuos singularmente considerados, impulsan al análisis retrospectivo, a la búsqueda de sí mismo, al balance crítico de cuanto se es, frente a lo que se debe ser... Es precisamente, la actitud que, por las complejas razones expuestas, parece adoptar la América Latina en el minuto difícil en el que vivimos, pero pleno de sentido y honda resonancia para el futuro y destino como naciones civilizadas libres e independientes de toda influencia deformadora o mal encubierta.





La segunda cuestión, se refiere, como se ha dicho más atrás, a los medios prácticos necesarios para poner esa cultura al servicio de la paz o la solidaridad continental.

Por rara coincidencia, en estos últimos días, la prensa se ha preocupado intensamente del asunto. . . En el ambiente latinoamericano domina algo así como la necesidad imperiosa de entablar relaciones de armonía e inteligencia entre los diversos países, tendientes a resolver las grandes cuestiones que dan forma y contenido a la enseñanza en el Continente. El problema abarca, en general, una política de armonía o congruencia entre los diversos planes, programas y fines de los estudios que se imparten en los pueblos de habla española.

En particular, se pide insistentemente, que, los textos de estudio se sometan a una seria revisión ya que ellos contienen, muy a menudo, el germen de enseñanzas mal intencionadas o venenosas interpretaciones que por desgracia, no tardan mucho en producir los efectos previstos, en la juventud inexperta y pronta a toda influencia.

Especialmente, tratándose de pueblos jóvenes como los americanos, semejantes influencias no fallan casi nunca, llegando a producir verdaderos estragos entre los estudiantes.

Los textos de historia, particularmente, y aún los de Castellano, bajo este aspecto, llevan la más grande responsabilidad.

No obstante, el programa actualmente en vigencia, para la escuela primaria realiza en parte—o por lo menos pretende realizar—el desiderátum de solidaridad continental latinoamericana. En el último curso efectivamente, se contemplan entre otros, los siguientes tópicos:

América actual. — Estudio comparativo: población, densidad, inmigración, emigración. — Afinidades y diferencias en los recursos económicos. — Intercambios o posibilidades de éstos. — Influencias y vinculaciones en el orden cultural.— Política internacional. — Relaciones diplomáticas y créditos. — América en épocas pasadas. Asociación en el tiempo.— Aborígenes: principales razas. — Sud-América y sus colonizadores. — Caracteres comunes de la colonización. — La revolución de la Independencia y sus grandes próceres.— América del porvenir. — Hacia la solidaridad sudamericana. — Síntesis de

hechos y actuación de sus hombres. — La Escuela, elemento de paz y de acercamiento entre los pueblos.

¡Ojalá el Liceo recogiese esta feliz iniciativa, dando un mayor realce e importancia a todo cuanto concierne al desenvolvimiento histórico de la raza latina y a los grandes hombres de la América joven! Hasta el momento nuestros estudiantes han conocido en sus más mínimos detalles cuanto acontece a razas o pueblos que sólo muy indirectamente, tienen relación con nosotros. En cambio, en torno a los pueblos hermanos se ha hecho el más completo silencio o vacío... ¿Qué de extraño tiene, pues, que vivamos como parásitos o mendigos de las grandes potencias económicas del siglo?

¿Qué podemos esperar de una juventud que sólo valoriza las virtudes ajenas y trata de incorporarse violentamente, una cultura que no comprende y sólo acepta como medio gana vida o camoufflage de superioridad espiritual?

En los últimos 20 años—desde el año 18 al 30 especialmente—esta tendencia a imitar simiescamente cuanto constituye en Europa la cultura mediterránea en lugar de procurar el despliegue de las potencias naturales que dan la línea profunda y auténtica de esa cultura, ha degenerado todavía un tanto... La influencia directa de Europa, se ha reemplazado por la inspiración de la gran patria norteamericana. Y así tenemos el error doblemente absurdo de rehuir una auténtica influencia y de primera mano por una luz empalidecida o desfigurada. Efectivamente, con la sola excepción de Argentina, las naciones latinoamericanas, han pretendido incorporarse las costumbres y procedimientos que hicieron hasta hace poco el gran prestigio del gran coloso del norte. En sociología, en educación, en psicología, en política económica, la imitación ha llegado hasta el grado más absurdo. Particularmente en educación.

Los hechos recientes, la crisis espantosa que tiene hoy día al pueblo norteamericano al borde de la catástrofe y que se ha hecho más patente aun a través de las tentativas de pactos o convenios con el Soviet o la dictadura fascista—afortunadamente, comienza a debilitar esa obsesión fetichista de las repúblicas latinoamericanas, especialmente de la nuestra, hacia el pueblo yanqui.

Lo que se ha dado en llamar civilización norteamericana, no es, en el fondo, sino un exagerado desarrollo de la técnica, hija directa y legítima de la ciencia aplicada europea. Efectivamente, pueblos como Francia, Italia, Alemania, Inglaterra,

ya habían, en el siglo pasado, gracias a la electricidad y adelantos en general en el campo de la Física, desarrollado la vida tecnificada, típica de nuestros días. El tercio de siglo que va corrido, desde el 1900, no ha hecho sino continuar por incremento gigante y perfectibilidad cada vez mayor, llevando esa técnica hacia un grado absurdo de amplitud y difusión por todo el mundo. Es más, el siglo XX rigurosamente, ha aumentado el poder y eficacia de esa conquista técnica materialista o mecánica de la vida, sin agregar nada o casi nada de nuevos y auténticos valores. ¿Qué son la radiotelefonía, la radiotelegrafía, la aeronavegación, el fantástico y absurdo instrumental de la ciencia contemporánea, sino aplicaciones más finas, más sutiles, más precisas de fenómenos y leyes ya estudiados y comprendidos en esencia?

En algunos aspectos concretos de este problema puede llegar a decirse que el aumento de diámetro de un telescopio, la medición de una longitud de onda más pequeña, el cálculo más preciso del rendimiento de una máquina, el estudio ultramicroscópico de una sustancia o proceso bioquímico, la propagación nítida y clara de ondas sonoras o luminosas a través de todo el planeta, constituyen el progreso efectivo de la ciencia y de la civilización. Pero nada más. Y en este sentido, es indiscutible que Spengler está en la razón cuando niega a este formidable mundo tecnificado de nuestros días un verdadero avance a favor de la conquista de valores espirituales tendientes a resolver los graves problemas del destino del hombre con originalidad y nuevas posibilidades. Usando su lenguaje, podría decirse que se complica interiormente el círculo; se afinan y describinan sus estructuras nucleares; pero no se sale de él como si se estuviese condenado a sentir la estrangulación del círculo de acero regulado por una diabólica maquinaria... Sombrío y sórdido cuadro sin duda... pero más que sombrío y sórdido, real e inapelable... Y es este cuadro el que trazado en sus contornos superficiales y esquemáticos por Europa, ha sido complementado, enriquecido y complicado por Yanquilandia... ¿Es esto, en rigor, un proceso? ¿Significa resolver la tragedia humana agregar una ruedecilla a un engranaje que fabrica productos con la celeridad del rayo; aumentar el diámetro de un refractor para estudiar espectralmente las estrellas y las nebulosas situadas a cientos de miles de años de luz; determinar oscilaciones que superan el trillón y medir subsidiariamente ondas de longitud con aproximaciones que llegan al décimo de millonésimo de milímetro?...

Entre tanto, el cable nos anuncia que Argentina, a través de sus potentados de la tierra, vacila entre cosechar o no cosechar este año, miles de kilómetros cuadrados de su territorio, a sabianda, que la muerte por el hambre en Europa y Asia comienza a sentirse como epidemia devastadora e inatacable.

Estados Unidos ha recogido la civilización de Occidente como un mensaje de progreso material, de responsabilidad humana y juramento a favor de una sociedad mejor... Se comprometió quizá demasiado. Escribió en el mensaje la palabra redención, mientras manos diabólicas describían en forma ininteligible los caracteres bíblicos de la amenaza babilónica y que hoy comienzan a hacerse patentes e inaplazables...

Estados Unidos no ha creado una civilización... Quizá la ha desenvuelto, agregando un elemento nuevo, un impulso que pretendió conducir—prometiendo más de lo que podía cumplir—a la conquista de la felicidad humana a base de la tecnificación de la vida, del desarrollo hiperbólico de los medios de producción y bienes materiales en general... Creó una nueva deidad: el Dinero. Y no como medio de vida superior en el terreno moral, sino como fin en el campo de la realidad materialista de la vida... Volvió a hacerse carne y símbolo, la ingenua aspiración del rey Midas... y como él, la potencia más gigante que registra la historia, hoy muere de miseria en un océano de riquezas... El hombre norteamericano de la masa, es, en la actualidad, tan indigente en el terreno material y espiritual, como el asiático, el africano o el europeo de equivalente rango social; y como pueblo, semejante a un fantástico transatlántico contra el que embisten furiosamente, témpanos de hielo, está amenazado de ser arrastrado a la deriva y a la destrucción.

Latino América parece a su lado un niño dormido... Inconsciente de sus poderosos e inmensos recursos, de sus reservas materiales, de su destino cultural, apenas comienza a despertar. Hasta el momento no ha hecho sino imitar a su compañero adulto y gigante.

Tiempo es ya, sin embargo, de adquirir plena conciencia. No en balde ha precedido en riqueza y en cultura, Estados Unidos a América Latina... Es necesario no escuchar el canto de la sirena y abrir los ojos ante el cuadro sombrío de un imperio que se debate entre la amenaza de la miseria o rebelión de la masa y la quiebra catestrófica de las más fuertes instituciones económicas.

Conviene dejar de ser niño que se arroba y se deslumbra

ante la magnificencia ajena que oculta quizás, la enfermedad incurable y lleva como signo ineluctable la muerte en el alma. Tenemos otra tradición, otro destino, y aun no entramos en escena. Latino América tiene y no puede dejar de tenerlo gracias a la sangre racial que corre por las venas de su pueblo, un destino, destino que ha sido siempre una esperanza, un milagro y una realidad.

Latino América se convulsiona, fermenta, se manifiesta. Y es el momento más difícil, más significativo, más interrogante el que corresponde a su aparición como organismo cultural con vida biológica y destino preciso o propio dentro de la civilización. . . .

Latino América no puede no recoger la cultura que le ofrecen su raza, su tradición y su origen. . . . Latino América no puede desoír la voz del pasado glorioso que llevó luz y vida a pueblos bárbaros o semibárbaros, impulsados tan solo por el coeficiente de vida biológica o animal. Latino América debe probar también esta vez, que el milagro racial: la latinidad es fuerza viva de inmensos recursos y promesa de nobles y elevados designios. Además y por encima de todo, debe probar que en medio del caos y fermentación bélica que hoy amenaza de muerte a Europa, esa vieja Europa que lleva casi 30 siglos de vida civilizada, tiene acaso la extraña misión de recoger la maravillosa tradición y la cultura de Occidente. Y recoger una cultura para apropiársela como fuerza viva e instrumento de conquista o de progreso no significa perpetuar todo cuanto en ella existe. Significa—la historia lo corrobora a cada paso—agregar un elemento nuevo, darle un nuevo y vigoroso impulso, infiltrarle una nueva y profunda significación. . . . Llegamos así al punto de partida: "El problema de la cultura de un pueblo ha sido siempre la razón de su propia existencia y el símbolo de su destino. A través de la historia, las fuerzas económicas que hacen posible la conquista material se desenvuelven solamente, como medio. Como fin, en cambio, no puede admitirse sino el juego y desarrollo de las fuerzas espirituales que se patentizan o realizan en la cultura o civilización".

América Latina debe por ello formar una nueva juventud, una juventud forjada en la escuela de la paz y de la organización de las fuerzas materiales con instituciones racionalmente estructuradas en sentido económico. Debe resolver un problema material y un problema propiamente de cultura. A lo primero, no puede responder sino con la unión política y econó-

mica de las 20 naciones o repúblicas semi independientes que constituyen hoy, además de México, toda la América central y meridional.

A lo segundo no puede responder sino con una nueva educación, con una nueva escuela. . . Y esta educación o escuela, rompiendo con la tradición que envenenó desde el primer instante a la juventud, fomentando en ella la lucha por la vida en sentido estrecho y personal, la fermentación de odios y luchas de clase, a través de torpes y mal intencionadas interpretaciones históricas, con glorificaciones de guerras fratricidas y feroces, debe aquietar la bestia humana para dar pábulo y alimento sano a la naturaleza ética y superior del individuo. América Latina debe educar, en una palabra, a sus generaciones jóvenes a base de las líneas generales y eternas de la civilización que parece quebrarse, justamente, porque desencadenadas las fuerzas económicas o materiales, no se pensó que ellas debían subordinarse al cultivo de un eticismo superior. Es este el problema del momento toda vez que se desee salvar la cultura de Occidente.

Incluso Europa, clama hoy desesperada y acaso tardíamente, por esta realidad formidable que no ha querido o podido comprender. El colectivismo corporativo fascista, el comunismo soviético, la inquietud un tanto político sentimental de la Alemania de nuestros días y la política colectivista de control estatal en el terreno económico de Estados Unidos son sin duda, remedios quizá demasiado tardíos de una enfermedad que ya ha comprometido los tejidos más profundos. Y nuestra actitud como pueblos jóvenes no puede ser la política de ausencia en la cual se halla empeñada Europa y Norte América. Nuestra actitud, nuestro gesto debe ser la educación sana y vigorosa de las generaciones juveniles. Educación para la paz, no para la guerra: educación para el hombre como hombre, no para el hombre como lobo del hombre.